

EL EJE PARÍS – BERLÍN – MOSCÚ

Alain de Benoist

Durante años, si no decenios, Europa ha representado una gran esperanza. Hoy inspira sobre todo inquietud. A veces se ve en ella una amenaza. En realidad, desde la adopción del Tratado de Maastricht en 1992, Europa está patas arriba. Víctima de la lentitud de la burocracia de Bruselas, de la ausencia de unidad de perspectiva de los países miembros y de la ambigüedad cuidadosamente mantenida por sus finalidades, exclusivamente preocupada por la concurrencia comercial y la ortodoxia financiera, Europa se haya ahora comprometida en un proceso de ampliación precipitada que la condenará a la impotencia y a la parálisis. La Europa política, hoy, parece totalmente bloqueada.

El fracaso de la conferencia intergubernamental que se desarrolló durante los días 12 y 13 de diciembre pasado en Bruselas ha demostrado el verdadero alcance de la crisis. Por esta razón, desde el 1º de mayo de este año lo que regula el funcionamiento de la Europa a 25 es el sistema de la cumbre de Niza. Una Europa condenada por eso mismo al inmovilismo y consecuentemente privada de toda posibilidad de desempeñar un papel político en el plano internacional. Esta situación, es sabido, le conviene perfectamente a los nuevos Estados miembros de la Europa central y oriental, que no ven en la UE más que un espacio económico y una fuente de subsidios, y que lo que buscan prioritariamente con su incorporación es integrarse en la economía y el mundo liberales. Estos países, inhibidos en la construcción de una potencia política europea, en modo alguno exigen una integración comunitaria suplementaria. Su única ambición es convertirse en países satélites de los Estados Unidos, como ya lo fueron en otro momento de la Unión soviética.

El proyecto de constitución europea presentado el 20 de junio pasado en la cumbre de Tesalónica es también de lo más significativo. En efecto, por lo que respecta a Europa, se puede pensar que una mala constitución es mejor que no tenerla. Pero es necesario saber en qué consiste exactamente ese texto.

Ahora bien, la primera cosa que hay que decir sobre ese proyecto es, simplemente, que no es un verdadero proyecto de constitución. Lo propio de una constitución es crear una comunidad política, fundar la identidad colectiva que presupone dicha comunidad, lo cual no es el caso ahora. Una constitución implica un poder constituyente, es decir, exige que sea redactada, adoptada y ratificada por el pueblo o, en su defecto, por una asamblea elegida por los ciudadanos a tal efecto. En el caso que nos ocupa hubiera sido necesario elegir una asamblea constituyente o, al menos, que el Parlamento europeo se hubiese transformado en una Asamblea constituyente. En vez de eso, el proyecto ha sido

confiado a una asamblea heteróclita de representantes de los gobiernos y de los Estados, de los Parlamentos nacionales, del Parlamento europeo y de la Comisión europea, ninguno de los cuales ha recibido un mandato para debatir un proyecto de constitución. En cuanto a los ciudadanos, estos ni siquiera serán consultados, puesto que según las últimas informaciones, no se les dará la posibilidad de pronunciarse en un referéndum.

No se trata tanto de una constitución como de una suerte de tratado con valor constitucional, adoptado como una ley o un reglamento por los Estados contratantes, lo que es, a todos los efectos, algo muy diferente. La expresión «tratado constitucional» resulta contradictoria en sus términos. Una constitución es una ley de un tipo particular que, como tal, se impone de entrada a todos y cada uno, mientras que un tratado es un simple contrato entre Estados, interpretado según un método que privilegia el análisis de la voluntad de las partes. En el mejor de los casos, la constitución será adoptada por los Estados según el procedimiento habitual de los tratados y no podrá ser revisado por otro medio que no sea la regla de la unanimidad, que no es la del procedimiento constituyente, sino del diplomático. El proyecto, por más que subraye que la Unión está «inspirada en la voluntad de los ciudadanos y los Estados», significa la prevalencia de la voluntad de los Estados.

Una constitución, en fin, se limita generalmente a fijar un sistema institucional y definir algunos principios generales. Debe pues ser redactada de modo que todos los ciudadanos puedan reconocerse en ella, con independencia de cuales sean sus opciones políticas - necesariamente múltiples y divergentes en un régimen democrático-. Ahora bien, el actual proyecto de constitución, lejos de recoger todas las opciones políticas, excluye de entrada un cierto número de ellas pretendiendo que se adopten las orientaciones exclusivamente liberales -orientación decisiva, sobre todo en la perspectiva de las nuevas adhesiones, puesto que el artículo 1 del proyecto declara que la Unión está abierta a «todos los Estados europeos que respeten sus valores»-.

En su artículo 3, el texto del proyecto hace de un «mercado único en el que la concurrencia es libre y no falseada» el objetivo central y el valor supremo de la Unión. El objetivo de la libertad absoluta de los intercambios es así antepuesto a cualquier otra finalidad. Esto significa no sólo que nadie podrá en lo sucesivo impedir los movimientos de capitales, especulativos y de otro tipo, sino que toda política pública en materia social o fiscal, en materia de control de la inmigración o de preservación del medio ambiente podrá ser rechazada bajo la acusación de «falsear» la libre concurrencia. Estipular que no será ya posible ninguna política que contraria a este tipo de concurrencia quiere decir que esta constituye en un fin en si misma, no un instrumento al servicio del empleo, del crecimiento, del equilibrio ecológico o de la justicia social.

El proyecto, en otros términos, conduce a grabar en el mármol una política estrictamente liberal -cada vez más rechazada a la vista de los resultados-, excluyendo de la constitución lo que se aparte de ella. Una vez «constitucionalizadas» esas orientaciones se supone que se impondrán tanto a las instituciones como a los Estados.

Añadamos que el artículo 40 dispone que «para establecer una cooperación más estrecha en materia de defensa mutua, los Estados miembros trabajarán en estrecha cooperación con la OTAN», estipulando que toda política de seguridad y de defensa común tendrá que ser «compatible» con la política adoptada en el marco de la OTAN. Esta disposición limita por adelantado la autonomía de la política extranjera de Europa y aliena inequívocamente su independencia. Declarar compatible la pertenencia a la OTAN y la realización de una «política común de seguridad y de defensa» no puede ser sino una petición de principio.

Existen también otras materias tabú que el proyecto de constitución se cuida bien de abordar: el problema de la lengua de Europa, el problema de su capital, el problema de sus fronteras últimas, el problema de las modalidades de aplicación del derecho comunitario, el problema del modo de financiar el presupuesto de la Unión Europea, etc.

Frente a esta situación, en la que la lógica de los intereses particulares suplanta la dinámica de la comunidad de pertenencia, sólo existe un remedio: actuar de modo que quienes sólo piensan en Europa en términos de mercado no impidan que los otros avancen. La única alternativa es la formación de un «núcleo duro» que asocie a los países decididos a ir por delante en la construcción de una verdadera potencia política. Esta idea fue explorada el año pasado, de manera premonitoria, por Henri de Grossouvre en su libro *Paris-Berlin-Moscu*.

Significativamente, los signos precursores de este eje París – Berlín – Moscú aparecieron en vísperas de la guerra americana de Iraq, cuando Francia, Alemania y Rusia, en una declaración conjunta publicada el 5 de marzo de 2003 expresaron claramente su oposición a asociarse a esta agresión militar decidida unilateralmente por los Estados Unidos.

Este «núcleo duro» no puede descansar sobre la pareja francoalemana, cuyo papel de motor en el seno de la Unión Europea nunca ha sido desmentido, por razones históricas que Henri de Grossouvre ha recordado cuando escribe que «desde la Edad Media, la cualidad de la relación francoalemana ha decidido sobre la paz y la guerra en el continente».

No es menos cierto que, durante mucho tiempo, Francia y Alemania han adoptado frente a los Estados Unidos de América actitudes diferentes. Por razones históricas bien conocidas, Alemania se reconstruyó desde 1945 bajo la forma de una no-potencia. Durante la época de la guerra fría la República federal

se sentía dependiente de los Estados Unidos, quienes la consideraban, como contrapartida, como su aliado más seguro en el centro de Europa. Para utilizar una fórmula célebre, Alemania era entonces un gigante económico y un enano político, lo que la llevaba a no desempeñar en la escena internacional más que un papel de figurante.

Ahora bien, es esta situación la que hoy tiende a desaparecer. Diversos indicios muestran que Alemania hará en lo sucesivo uso de su recobrada unidad para desempeñar un papel político más en relación con su importancia real. Como sucede siempre del otro lado del Rin, la evolución es lenta, pero parece innegable que se ha doblado un nuevo cabo. El inequívoco rechazo de Alemania a la petición de apoyo formulado por los americanos en el asunto iraquí lo pone de manifiesto. En Europa, este acontecimiento mayor no se ha evaluado en su verdadero alcance. Sin embargo, como ha señalado Stephan Martens, «nunca desde la creación de la RFA, las relaciones germanoamericanas habían atravesado una crisis tan profunda». Desde el 29 de noviembre de 1999, después de uno de sus viajes a Francia, Gerhard Schröder había hecho suyo la fórmula de «Europa potencia». El 5 de agosto de 2002, en Hanóver, se declaraba partidario de una «vía alemana» (*deutscher Weg*) distinta de la política americana, lo que le valdría la reelección algunas semanas más tarde. Recientemente, en febrero de 2003, el semanario *Der Spiegel* traía en su portada el siguiente titular: «Revolución contra América. David Schröder contra Goliath Bush».

Se trata pues de una evolución notable. Alemania abandona poco a poco su posición de mejor alumno de la clase atlántica; se compromete con Francia en una empresa que aspira a ser el núcleo de una verdadera defensa europea -lo que le permite a Henri de Grosvouvre escribir que «el fin del tabú transatlántico es el mayor acontecimiento de la política exterior alemana desde que terminó la II Guerra mundial»-.

No es pues una casualidad si el fracaso de la cumbre de Bruselas ha relanzado inmediatamente la idea de una iniciativa francoalemana para superar la crisis, iniciativa que se traduciría en la formación en el seno de la Unión Europea de un «núcleo duro» cuyas formas quedan por determinar. Algunos hablan incluso de la creación de una verdadera confederación francoalemana que, de constituirse, se atraería indudablemente a los países del Benelux. Se realizaría así un proyecto que el general de Gaulle evocó hace mucho tiempo: revisar el tratado de Verdún, que en el 842 dividió el imperio de Carlomagno, para reunificar a los francos del oeste y a los del este.

Al mismo tiempo, parece vital establecer con Rusia una colaboración estratégica que permita asociar este país a la Unión Europea para todo lo relativo a la política exterior, y reforzar en él la cooperación, en especial en materia aeronáutica y energética. Evidentemente le corresponderá a la pareja francoalemana tomar la iniciativa de la asociación y de este espacio de

cooperación, al cual podrían también vincularse países como Ucrania y Bielorrusia. Rusia sería, en efecto, tanto más inclinada a asociarse a este proyecto en la medida en que un cierto número de países europeos manifestaran sin ambigüedad su voluntad de ir hacia delante sobre la base de una política distinta de la de Washington.

Francia, Alemania y Rusia no sólo tienen numerosos intereses políticos, económicos, estratégicos y culturales comunes. Se trata también de países notoriamente complementarios. Aquí señalaré sólo un ejemplo, relativo a la cuestión de los recursos energéticos.

Rusia dispone de materias primas de las que carecen los franceses y los alemanes. La importancia de los hidrocarburos y de las materias primas en general es considerable en la economía rusa, puesto que en 2003 representó alrededor del 35 % del presupuesto nacional y el 13 % del producto interior bruto (PIB). Rusia, por lo demás, se ha convertido desde el año 2000 en el tercer productor y el segundo exportador mundial de gas natural. Así pues, sus grupos petroleros y gasísticos no son solamente actores económicos de primera magnitud, sino que pueden también desempeñar un papel eminentemente políticos, ofreciendo a Europa occidental una fuente de suministro de energía alternativa con respecto a un Próximo Oriente que, en parte, está ahora bajo control americano.

Pero no se nos ocultan las incertidumbres. Estas gravitan principalmente sobre Rusia, cuyo restablecimiento políticoeconómico constituye un elemento vital de las apuestas actuales, pero cuyo futuro es hoy, más que nunca, imprevisible. La detención, no hace mucho, del «oligarca» Mikhaïl Khodorkovski, el hombre más rico de Rusia y uno de los principales símbolos de todas las malversaciones de los años 90, quien había adoptado unas posiciones claramente pro-americanas en la Guerra de Iraq, da empero testimonio de la voluntad de Vladimir Putin de restaurar el Estado y sancionar a un cierto número de mafiosos que se creían intocables. Existen también los datos demográficos, particularmente inquietantes para Alemania y Rusia, pero también para una amplia mayoría de países de la Unión Europea, puesto que se prevé que en 2050 la media de edad de Europa será de 57 años contra 37 de los Estados Unidos. Finalmente, es necesario tener en cuenta con las incertidumbres electorales que, en cada país, pueden entrañar una modificación de la orientación política.

Más allá de estos datos coyunturales, no es menos cierto que existen tendencias de fondo y realidades permanentes, siendo la principal la que ha recordado Henri de Grossouvre al escribir que «la correspondencia geográfica exacta de los Estados Unidos en el hemisferio norte es la Europa más grande, de Brest a Vladivostock, flanqueada en sus extremos por los archipiélagos británico y japonés», y que «este gigantesco continente auroasiático reúne lo esencial de la población y las riquezas mundiales».

La idea de una eje París – Berlín – Moscú se abre camino en los espíritus. Pero lo más interesante es que se trata de un proceso que trasciende todas las contraposiciones ideológicas habituales, encontrando defensores en los medios más diferentes.

Que el eje París – Berlín – Moscú no es una ensoñación se demuestra por la lectura de la prensa americana, que certifica que semejante perspectiva es tomada muy en serio y percibida como un peligro real. «Combinados todos los factores, escribe el neoconservador John C. Hulsman en la revista de la *Heritage Foundation*, Francia, Alemania y Rusia tienen potencialmente todos los atributos de una gran potencia capaz globalmente de contrapesar a los Estados Unidos; Francia aportaría las orientaciones política e ideológicas, Alemania la potencia económica y Rusia las capacidades militares» -la conclusión del autor es que, para afrontar esta amenaza los Estados Unidos deben responder y buscar por todos los medios la «fragmentación de ese núcleo antiamericano»-.

*

En el transcurso de los últimos años, las tensiones entre Europa y Estados Unidos no han dejado de agravarse. Estas no se refieren únicamente al comercio, a la carne, a la aeronáutica, al proyecto Galileo (sistema de posicionamiento y de navegación por satélite con compite directamente con el sistema americano GPS). La tensión se extiende a todos los dominios y adopta formas nuevas.

Los políticos, por razones diplomáticas evidentes, con frecuencia pretenden ocultar esa realidad. Pero no hay duda de que la globalización exacerbará estas divergencias de opinión e intereses entre Europa y los Estados Unidos, aunque sólo sea porque, en perspectiva geopolítica, Europa es más que nunca una potencia continental y los Estados Unidos una potencia marítima. «Los Estados Unidos son un pueblo del mar, recuerda Henri de Grossouvre, pero la Europa continental está marcada por su relación con la tierra. Los Estados Unidos, gracias a las guerras civiles europeas del siglo XX, han tomado progresivamente el relevo de la potencia marítima por excelencia, Inglaterra. La preponderancia del comercio y la subordinación de las otras actividades humanas a las relaciones comerciales caracterizan a los pueblos anglosajones». Hay pues entre Europa y los Estados Unidos una diferencia fundamental en la concepción del mundo y los valores.

Lo más interesante es que esta diferencia ha sido destacada por los propios americanos para justificar su política. En un libro publicado el año pasado, y que causó una gran polémica, el neoconservador Robert Kagan afirma por ejemplo que el foso que separa las dos riveras del Atlántico es ahora demasiado profundo como para que se pueda esperar que se pueda sortear en un futuro previsible. Esta opinión es también compartida por otros analistas.

Simultáneamente, la posición americana frente a Europa se ha aclarado totalmente. En junio de 2003 el semanario americano *The New Republic* titulaba en primera página: «Europa superpotencia. Por qué América debe temer la construcción europea». El redactor jefe de la revista escribía: «La potencia que más se beneficiará del éxito de la construcción europea será Francia. Y las intenciones de Francia son esencialmente hostiles a los Estados Unidos, en lo cultural, en lo económico y en lo diplomático. He aquí el desafío actual de la política exterior americana: cómo evitar que la nueva constitución europea se haga realidad». Tres meses más tarde, en el mes de septiembre, el semanario de William Kristol, *The Weekly Standard*, publicaba a su vez un artículo titulado «Contra la Europa unida».

Esta hostilidad hacia Europa se dobla en una hostilidad hacia el euro, lo que no debe sorprender a nadie. Durante la postguerra, los americanos se beneficiaron de la guerra fría, pues esta les colocaba en una posición de fuerza ante sus aliados, así como de la omnipotencia del dólar, utilizado como moneda de reserva por los bancos centrales de todos los países del mundo. La guerra fría se acabó y el advenimiento del euro amenaza el monopolio del dólar sobre los intercambios monetarios mundiales. Para un país que consume más de lo que produce, cuyo nivel de endeudamiento representa el 31 % del producto interior bruto mundial y el 40 % del ingreso individual americano, cuya balanza de pagos no deja de deteriorarse, cuyos déficits corrientes han alcanzado niveles históricos, y cuya tasa de ahorro nacional ha caído en 2002 hasta su nivel más bajo de todos los tiempos, el mantenimiento del monopolio del dólar se han convertido en una necesidad vital.

Hará falta todavía más tiempo para que el euro se convierta en una moneda de reserva realmente competitiva con el dólar, colocando así a Europa en una posición de paridad con los Estados Unidos. Para ello será necesario que el euro sea visto como un activo utilizable en todos los países, y que los mismos Estados Unidos se preocupen por hacerse con reservas de la moneda europea. Será preciso igualmente que el euro pueda garantizar permanentemente una liquidez planetaria y desempeñar el papel clásico del «prestamista en última instancia». Pero todavía no hemos llegado a eso. Sin embargo, el euro puede ya servir como moneda de reserva para los intercambios en un cierto número de mercados. Mucho se adelantaría si la Unión Europea pudiera convencer a los países exportadores de petróleo, empezando precisamente por Rusia, de que aceptaran euros en vez de dólares. El monopolio americano se encontraría entonces seriamente cuestionado, de lo que se tiene clara conciencia en Washington.

Frente a la perspectiva de una eje París – Berlín – Moscú, los Estados Unidos no pueden sino intentar reaccionar -y reaccionar con la violencia con que últimamente acostumbran-. La decisión americana, anunciada en diciembre de

2003, de excluir a Francia, Alemania y Rusia de los contratos para la reconstrucción de Iraq resulta, a este respecto, altamente significativa.

Pero es probable que los Estados Unidos adopten, frente a los tres miembros de este eje virtual, una estrategia diferenciada. Condoleeza Rice, consejera de seguridad nacional, ha formulado ya esta idea con su lema: «Castigar a los franceses, ignorar a los alemanes y perdonar a los rusos». Lo que quiere decir que para ellos Rusia es capaz de enmendarse, Francia es irre recuperable y que, por lo que se refiere a Alemania, basta con esperar.

A corto plazo, la política americana hacia Rusia -como también, por lo demás, hacia China- consistirá principalmente en un intento de rodearlas y aislarlas, como se ve en el estacionamiento de las tropas americanas en las repúblicas musulmanas y la región del Caspio para la guerra de Afganistán.

Con respecto a Alemania, los americanos harán al principio todo lo posible para intentar que la pareja francoalemana se rompa. El pasado 3 de noviembre, ya vimos al neoconservador Richard Perle, participante en un foro organizado sobre el tema *Ejército alemán y sociedad*, reprocharle violentamente en un aparte al ministro alemán de defensa, Peter Struck, la «profundización de los vínculos francoalemanes», estigmatizando «la fuerte tendencia de Francia y de Alemania a expresar su solidaridad a la menor ocasión» -invektiva que ha provocado una protesta pública del antiguo jefe del Estado mayor francés, el almirante Jacques Lanxade-. Al mismo tiempo, Michael Ledeen, uno de los «halcones» republicanos más cercanos a la Casa Blanca, declaraba abiertamente que Francia y Alemania debían considerarse en lo sucesivo como «enemigos estratégicos» de los Estados Unidos.

Es probable que los Estados Unidos hagan todo lo que esté en un mano para conseguir que los socialdemócratas -quienes precisamente por su declarado antifascismo han podido expresar ciertos sentimientos nacionales sin ser sospechosos- salgan del gobierno, y provocar la llegada al poder de los cristianodemócratas, tradicionalmente reputados más atlantistas. Sin embargo, incluso si esta eventualidad se produce, no es seguro que Washington pueda conseguir sus fines. Dentro de la misma CDU-CSU, hay una importante corriente que no es favorable a una vuelta pura y simple al realineamiento con los Estados Unidos. Henri de Grossouvre, que con frecuencia ha recordado que en 2002 una aproximación francoalemana que podía desembocar en la creación de una confederación estaba siendo estudiada por las autoridades francesas y el candidato Edmund Stoiber, considera que, en estas circunstancias, los riesgos de un cambio importante en la política exterior alemana son «casi nulos».

Queda Francia, que como acabo de decir es considerada aparentemente irre recuperable por los americanos. Puede verse la prueba de ello en la ola de francofobia, de una amplitud que no tiene precedentes, provocada por el rechazo

del gobierno francés a asociarse a la agresión contra Iraq. Durante meses, los franceses han sido estigmatizados en la prensa americana en términos de una violencia y vulgaridad extraordinarias. El pasado 28 de agosto, por ejemplo, Thomas Friedman, sin duda el más influyente analista de la política exterior de la prensa americana (recibió el Premio Pulitzer en 2002), escribía en el *New York Times* que entre los Estados Unidos y Francia había empezado «la guerra». «Es hora de que los americanos se den cuenta, afirmaba, que Francia no es sólo nuestro incómodo aliado o nuestro celoso rival. Francia se ha convertido en nuestro enemigo».

«Francia nos las pagará», ha declarado también Paul Wolfowitz, opinión que según un sondeo del Instituto Harris comparte actualmente el 43 % de los americanos. A pesar de los lenitivos administrados de un lado y otro, no resulta exagerado afirmar que en los Estados Unidos «París sirve en ocasiones de chivo expiatorio, de víctima propiciatoria, de cabeza de turco y de oveja negra». Y que tomarla con Francia es evidentemente una manera de ejemplarizar y de disuadir a aquellos que sientan la tentación de imitarla: su castigo debe tener un valor de advertencia.

Los Estados Unidos, que han intentado siempre instrumentalizar las rivalidades regionales, quieren de hecho tratar a la Unión Europea de la misma manera que en otros tiempos trataron al Imperio Austrohúngaro. El objetivo, como siempre, es dividir para imperar. Con Samuel Huntington habían intentado antes oponer al mundo eslavo y ortodoxo a los países de la Europa occidental, política de la que fue en cierto modo una aplicación práctica el aplastamiento de Serbia. Con Donald Rumsfeld pretenden jugar la carta de la «nueva Europa» -la de los países de la Europa central que, en el mismo seno de la Unión Europea, están listos para aceptar la dominación de Washington- para poner en dificultades a la «vieja Europa», considerada menos dócil. Cálculo que se apoya otra vez en lo que Tony Judt he denominado una «muleta de caucho», por la simple razón de que la mayoría de estos países son débiles, dependientes de Europa occidental desde el punto de vista económico y así mismo de Rusia por lo que respecta a sus aprovisionamientos energéticos; pertenecientes a la periferia, no pueden prescindir del centro, mientras que este sí puede, en el caso límite, prescindir de ellos.

*

En materia de relaciones internacionales, lo mismo que en otros dominios, se ha producido un giro radical durante los últimos años. Desde 1993-94 las viejas reglas del juego internacional han sido abandonadas. Hemos entrado en una era que se podría denominar «postatlántica». Asistimos, en efecto, a la disolución de hecho de todo un sistema cuyo núcleo es la Alianza Atlántica. Disolución de la que los mismos Estados Unidos son responsables al exigir de sus aliados que se comporten como vasallos.

Esta crisis del vínculo transatlántico resulta en si misma indisociable del advenimiento de un mundo nuevo. En este nuevo mundo, las líneas de batalla no son tanto internacionales como transnacionales. La geografía de las apuestas políticas ya no se define fundamentalmente por las fronteras nacionales, pues la división de la política de seguridad entre interior y exterior tiende a desaparecer. Los choques decisivos no se producen entre las civilizaciones (que no son realidades de potencia, sino más bien crisoles de ideas-fuerza), sino, al mismo tiempo, dentro de ellas mismas y a escala global. Asistimos por todos lados al ascenso en la potencia de formas de poder transestatales o no estatales, en el seno de un espacio que ha dejado de ser arborescente, es decir, compuesto por las organizaciones tradicionales, sino rizómico, es decir, constituido por redes descentralizadas. A la guerra fría le ha sucedido una paz caliente; al mundo bipolar, una globalización en la que los Estados Unidos representan la fuerza principal, pero cuya lógica profunda es de esencia técnico-económica y financiera, puesto que la misma se caracteriza ante todo por la dominación planetaria de la Forma-Capital.

Los americanos han estimado siempre que sus valores y su modo de vida son superiores a los de los demás, poseyendo una validez universal. Desde sus orígenes, han creído que tenían como misión expandir esos valores e imponer ese modo de vida en toda la tierra. Han creído desde siempre en una división moral binaria del mundo, encarnándose en ellos el bien e imaginando, para utilizar las palabras del presidente Wilson, que el «infinito privilegio» que les ha sido reservado es el de «salvar al mundo».

El movimiento hacia el unilateralismo y el hegemonismo les viene pues de lejos. Como ha dicho Hubert Védrine, «George Bush no ha inventado el combate del bien contra el mal. Eso es tan viejo como América». Pero en una fecha reciente, este movimiento se ha acelerado, siendo el resultado que «los mitos fundadores de la nación americana se han transformado en políticas americanas instrumentales».

El equipo que ha llegado al poder con George W. Bush asocia de hecho dos corrientes diferentes. La primera es la de los fundamentalistas protestantes, superreaccionarios y populistas, pertenecientes a los ámbitos «jacksonianos» cuyo jefe de filas era hasta hace poco Billy Graham y que está representado actualmente por hombres como Pat Robertson, Franklin Graham, Paul Weyrich o Ralph Reed. Han sido ellos los que han permitido la elección de George W. Bush. La segunda corriente es la de los «neoconservadores», con frecuencia hombres con un pasado de izquierda, muy ligados a la extrema derecha israelí (la cual les ha proporcionado su clave de lectura de la situación en el Próximo Oriente), que se encuentran hoy a la derecha del Partido republicano. Los unos y los otros coinciden en la idea de que el mundo entero debe ser modelado a imagen de América, en una misma hostilidad hacia todo país que pueda

experimentar su desacuerdo, es decir, en un mismo aventurismo agresivo e iluminado.

De esta manera, los americanos han adquirido una lectura a la vez «hollywoodiense» y mesiánica de la vida internacional. La visión del mundo a la que se adhieren es una visión no interaccional de la relación con el otro, en la que toda potencia independiente es percibida como un enemigo potencial. Esto significa que el pensamiento americano no tiene más referencia que él mismo, que los americanos no ven el resto del mundo si no es a través de sí mismos. El resultado es un nuevo régimen de guerra, al mismo tiempo que una nueva percepción en la cual la política exterior son las armas. Al quedar toda idea de potencia reconducida a su dimensión militar, la noción del rival se convierte automáticamente en sinónimo de enemigo. Se entiende que en estas condiciones toda la doctrina estratégica americana tiende a impedir que el resto del mundo alcance la paridad militar y tecnológica con los Estados Unidos. Y que cualquiera que se atreva a criticar la política exterior de Washington sea presentado inmediatamente como un psicópata, un cómplice del «eje del mal».

En la era «postatlántica», los Estados Unidos ya no disimulan su intención de afirmar su hegemonía. «Les parece que tienen derecho a decidir solos, sin limitación exterior de ningún tipo, sobre lo que le conviene a su seguridad, comprendiendo, preventivamente, la búsqueda de la superioridad militar sobre todos los demás, impidiendo incluso que pueda sobresalir cualquier rival».

Todo eso, hay que repetirlo, no es nuevo. Pero hasta ahora, la guerra conducida por América contra Europa y el «resto del mundo» («*the rest of the World*») adoptaba esencialmente formas económicas y comerciales, traducándose especialmente por el condicionamiento de las opiniones públicas, la manipulación de los espíritus, el descrédito de los competidores, etc. Lo nuevo es que el primado estratégico se ha hecho abiertamente militar, aspirando a regular la extensión del mercado por acciones de violencia brutal.

El objetivo final es la instauración de lo que el incondicionalmente proamericano Guy Millière ha propuesto denominar sin complejos «la América-mundo». La finalidad de ese neoimperialismo alimentado por el espíritu de cruzada, el objetivo de esta verdadera «teoestrategia» autista es la imposición unilateral de los valores mercantiles a la totalidad del planeta, la transformación de la tierra en un inmenso mercado homogéneo en la que reinará la ley del beneficio, en suma, la instauración de un modelo de sociedad en la que habrá tantos más consumidores en la medida en que haya menos ciudadanos.

Nunca desde la época de Theodore Roosevelt (1912) han perseguido los Estados Unidos, tan visiblemente como hoy, la dominación por la fuerza militar y el establecimiento de forma unilateral de su supremacía planetaria. Nunca como hoy han manifestado con tanta fuerza su rechazo radical de las nociones de

reciprocidad o arbitraje, en la medida en que estas pueden restringir su libertad de acción. Por eso no resulta excesivo decir que los Estados Unidos constituyen actualmente el principal factor de inestabilidad en el mundo, el principal factor de brutalización de las relaciones internacionales. Y este unilateralismo tiene todas las probabilidades de perdurar, incluso si George W. Bush tiene que abandonar la Casa Blanca, en la medida en que es el resultado de una tradición histórica y de una evolución de las mentalidades que operan desde hace años.

Pero el sueño americano choca con la realidad. Se puede ver ahora en Iraq: los Estados Unidos ganaron la guerra, pero han perdido la paz. Pretenden instalar una democracia de mercado, pero han instaurado el caos. Dicen que quieren luchar contra el terrorismo islámico, pero le han dado al fundamentalismo musulmán nuevas razones de ser y actuar.

*

Hace ahora más de diez años que los europeos eluden sistemáticamente la cuestión de saber si ellos quieren o no construir una potencia política y cuál sería la naturaleza de las relaciones de semejante potencia con los Estados Unidos. Sin embargo, en el asunto iraquí, «la resistencia francoalemana a las posiciones americanas a tenido el mérito de establecer la apuesta: hace de la Unión Europea un actor capaz, en el plano internacional, de influir en el curso de los acontecimientos, de imprimir su marca y definir objetivos, de concebir la Europa de los 25 como un conjunto geopolítico».

Formado a partir de la pareja francoalemana, un eje París – Berlín – Moscú, que podría convertirse también en un eje Madrid – París – Berlín – Moscú -esperando que se extienda a otros países europeos-, permitiría constituir, en un mundo que vuelve a ser multipolar, un formidable polo de seguridad y de prosperidad, al mismo tiempo que permitiría a Europa reencontrar su autonomía y su capacidad de acción. Ello permitiría crear una potencia política regional cuya ambición no sería administrar los asuntos del mundo, sino contribuir a la regulación de la globalización. A corto plazo permitiría diferenciar, en nuestro continente, a quienes quieren avanzar de quienes se contentan con una simple zona de libre comercio, sabiendo que, como dijo Jacques Delors, «sin esa diferenciación Europa está condenada a la estagnación o a la disolución».

«La alternativa es simple, nos dice Henri de Grossouvre. O los franceses y los europeos se vuelven a hacer cargo de su seguridad, su política exterior y la evolución de su demografía, convirtiéndose otra vez en actores de la política internacional, o saldrán de la historia, desapareciendo físicamente, progresivamente, en una vasta zona de libre comercio bajo protectorado estratégico americano».

En su conferencia de prensa del 23 de julio de 1964, el general de Gaulle declaraba: «Para nosotros los franceses se trata de que Europa se haga para ser europea. Una Europa europea significa que esta existe por si misma y para si misma o, dicho de otra manera, que ella tiene su propia política en el mundo».

Ese es el desafío. Se trata de una carrera de velocidad.